

Opinión

TRAS LA ESTELA DE ELCANO

JUAN MANUEL EGUIAGARAY UCELAY

Domingo, 14 octubre 2018, 09:38



Si hace una decena de años alguien me hubiera dicho que yo iba a dar la vuelta al mundo en velero, hubiera sonreído a mi interlocutor con indulgencia. No, desde luego, porque la idea me pareciera rechazable por audaz o por irrealizable sino porque, habiendo entrado en la sesentena, me hubiera costado imaginarme inmerso en semejante aventura. Sin embargo, hace unos días se presentaba en Madrid, ante la comunidad marítima española, un proyecto para replicar la derrota seguida por Juan Sebastián Elcano alrededor del mundo en el que, pese a tener diez años más, estoy plenamente involucrado. Seguramente porque mi afición al mar viene de lejos y, puesto a soñar, la idea de circunnavegar la tierra en un velero ha sido por mucho tiempo una de mis fantasías favoritas. El proyecto es el resultado de varias cosas. La primera de ellas, sin duda, la afición náutica. Hay que tener una importante querencia por la mar para pensar siquiera en surcarla entera. La segunda, el gusto por la historia, por su conocimiento, para entender cómo hemos llegado a ser lo que somos y proyectar los logros y hallazgos de nuestra andadura compartida en la construcción del presente y del futuro. Con estos mimbres inspiradores, un grupo de personas de variado origen geográfico y vital hemos impulsado la Asociación de Amigos de los Grandes Navegantes Españoles (AGNYEE). En su seno se ha concebido el proyecto, que ha merecido la aprobación de la Comisión Nacional del V Centenario de la primera Vuelta al Mundo, como parte de la agenda oficial de eventos

conmemorativos de esta efemérides.

Aunque Magallanes se llevó la gloria histórica de aquella hazaña gracias al sesgado relato de Pigafetta y a la excelente obra de Stefan Zweig (Magallanes: El hombre y su gesta), es lo cierto que sin la audacia, el liderazgo y la capacidad de Elcano como navegante aquella singladura no hubiera culminado con el retorno de la nao Victoria y la fehaciente confirmación de que la tierra es redonda. En palabras de Elcano dirigidas al rey Carlos: «lo que en más avemos de estimar y temer es que hemos descubierto e redondeado toda la redondeza del mundo, yendo por el occidente e viniendo por el oriente». Todavía hoy, Elcano sigue siendo un gran desconocido fuera de nuestras fronteras, una injusticia histórica que es preciso reparar para devolverle la posición que merece en la forja del relato del mundo moderno. Aquella histórica expedición, compuesta de cinco naves y 247 hombres, empleó tres años en completar su periplo, del que sólo regresaron vivos 18 hombres en la nao Victoria. En aquel grupo humano había personas de muchas procedencias. Sin duda, había portugueses que seguían a Magallanes, pero también muchos vascos y andaluces, amén de cántabros, extremeños, gallegos, castellanos y de otras partes de España. Y, aunque menos conocido, muchos tripulantes de otros lugares de Europa como Italia, Francia, Alemania, Grecia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, etc. En suma, una abigarrada mezcla de nacionalidades, en una empresa impulsada y financiada por la Corona española, cuyo éxito final lleva el nombre de un vasco ya universal, por más señas, guipuzcoano.

Los impulsores del proyecto no pretendemos emular ni el escorbuto que asoló las tripulaciones ni tampoco las intrigas y rebeliones que se dieron en el viaje histórico. Sus vicisitudes resultan apasionantes, pero no envidiables. Para nuestra fortuna, hoy sabemos situarnos en medio del Pacífico o del Atlántico, conocemos las distancias con precisión y la ubicación del paso hacia las Islas de las Especias –el Estrecho de Magallanes– no es ya un misterio. Pero un viaje a vela a lo largo de 44.000 millas náuticas, en el que extremaremos las condiciones de seguridad de los navegantes, puede estar cargado de sucesos no previstos. No será un inseguro barco de época quien nos lleve, sino un moderno y sólido velero

de dos palos con una eslora de 21 metros, tripulado por voluntarios procedentes de distintos lugares de España, que no recibirán estipendio alguno distinto de la cobertura de los gastos y que ofrecerán su tiempo, habilidades y su capacidad de convivencia en la mar, como contribución al viaje.

La dimensión náutica del proyecto no puede oscurecer otros objetivos. Esta es una gran ocasión tanto para difundir en el mundo la decisiva figura de Elcano como para impulsar el reconocimiento del papel jugado por España en el inicio del proceso de globalización de la cultura y del comercio. Y, sobre todo, en clave de futuro, para estrechar las relaciones de amistad y colaboración con los pueblos de las cuencas del Atlántico, el Pacífico y el Índico, tan relevantes para el futuro del planeta. En los puertos de arribada del periplo se llevarán a cabo distintos eventos conmemorativos, en colaboración con las instituciones culturales, diplomáticas y económicas de nuestro país y las correspondientes instituciones locales.

El proyecto se ha propuesto contribuir a la lucha contra la contaminación del mar por microplásticos, verdadera calamidad de nuestro tiempo. El dilatado viaje por los mares será aprovechado para auscultar el estado de salud del mar mediante la toma de muestras de contaminación, dentro de un programa científico liderado por el Instituto Español de Oceanografía. No son sencillos los objetivos propuestos ni en su dimensión náutica ni en sus vertientes de diálogo global o de lucha contra la contaminación de los océanos. Sin duda, son mucho más modestos que los que tenían los pioneros hace cinco siglos. Nuestra ventaja es que son plausibles sin las considerables dosis de sufrimiento humano que ellos experimentaron y que, adicionalmente, nosotros tenemos el firme y fundado propósito de regresar todos, sanos y salvos.

Lo + leído

[El Diario Vasco](#)[Opinión](#)[Top 50](#)

35 años del rock radical vasco